5078

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LOS GLOTONES

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN VERSO

LETRA DE

RAMÓN RAMÍREZ CUMBRERAS

MÚSICA DEL MAESTRO

MANUEL CHALONS

MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hijos de A. Gullón)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.º

1893

8

LOS GLOTONES

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante contratos internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción y el de conceder ó negar el permiso de representación.

Los comisionados de la *Galería lírico-dramática* titulada EL TEATRO, de D. Florencio Fiscowich, son los exclusivamente encargados del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LOS GLOTONES

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN VERSO

LETRA DE

RAMÓN RAMÍREZ CUMBRERAS

MÚSICA DEL MAESTRO

MANUEL CHALONS

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1893

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ENRIQUETA.....	Srta. D.ª Loreto Prado.
ANA.....	Sra. D.ª Irene Correa.
DON BLAS.....	Sr. D. Lino Ruiloa.
RICARDO...	» Francisco Barraycoa.
AMBROSIO.....	» José Navarro.
ROMÁN.....	» Pedro Gómez.

Mozas, mozos, coro general

Época actual

Esta obra ha sido estrenada en Madrid la noche del 13 de Octubre de 1893.

ACTO ÚNICO

Jardín. Un pabellón á la derecha y otro á la izquierda del espectador; ambos han de tener, por lo menos, tres escalones para penetrar en ellos. Dos puertas laterales en segundo término. La de la derecha la de servicio, la de la izquierda da acceso á otras habitaciones. Verja en el fondo con cancela. Telón de campo. Un velador, sillas de jardín diseminadas en mayor número de seis. Varios macizos de rosales, jacintos, etc., etc., á gusto del director de escena.

ESCENA PRIMERA

CORO GENRAL

Música

Ayer tarde, bailando,
te ví las ligas;
¡Jesús, y qué sudores
pasé, mi niña!
Eso es canela.
¡Vaya unos faralares!
¡Vaya unas piernas!

Hablado

UNO ¡Vaya muchachos, siga el baile.
OTRO ¡Qué baile Gloria!
UNA ¡Me da vergüenza!
OTRA ¡Anda tú, Rosario!
VARIOS ¡Sí, sí; que baile! (Baile.)

674245

UNO ¡Viva tu gracia chiquilla!
OTRO ¡Mire la vergonzosa!
OTRO ¡Silencio, y venga de ahí, Joseito!
UNO Que dan vida tus ojos
dice la gente,
y al venir yo á curarme,
me dan la muerte.
Que tu mirada
resucita á los muertos
y á mí me mata.
UNO Silencio; ¡los amos! y riñendo como siempre.
OTRO Silencio y á quitarnos de en medio, porque nos va á coger el nublado.
VARIOS Sí, sí; cada uno á sus quehaceres.

ESCENA II

DON BLAS, ANA y ROMÁN luego. Salen del pabellón derecha alterados, como el que ha sostenido una gran polémica

ANA ¡Qué obstinación!
BLAS ¡Qué capricho!
ANA Atiende, hermano, á razones.
BLAS No quiero más desazones;
ya sabes lo que te he dicho.
Completa la educación
de Enriqueta, no creo justo.
que sólo por darte gusto
se alargue su reclusión.
Además, razón de peso
me obliga...
ANA Sí, ya adivino;
piensa usted con su sobrino
casarla, ¿no es verdad?
BLAS Eso.
ANA ¡Eres un infame!
BLAS ¡Ana!
ANA ¡Verdugo!
BLAS ¡Que esto te aflija!...
ANA ¿Quiere usted casar la hija
sin colocar á la hermana?
Pues no lo he de consentir,
ni á tal situación me allano.

BLAS ¡Pero hermana!
ANA ¡Pero hermano!
BLAS ¿No pienso en tu porvenir?
ANA ¿Por él qué hiciste?
BLAS ¿Hice poco?
¿Pero has dado ya olvido
que por buscarte marido
cerca estuve de estar loco?
(Durante el parlamento que sigue ha de dar Ana señales de disgusto é impaciencia.)
Yo eché mano del ardid
de habitar ¡recuerdos crueles!
frente á todos los cuarteles
que existían en Madrid.
Y á pesar del gran fervor
que en sacar novio pusiste,
sólo, hermana, conseguiste
prendar... ¡un tambor mayor!
Yo te llevé en primavera
al Retiro, al Hipodromo,
y nada, ni por asomo
te miró un hombre siquiera.
Pusimos á un templo asedio;
¡lo que es misas bien tragamos;
pero hermana, no sacamos
un novio para un remedio!
Conmigo fuiste al café;
¡cuántas horas malgastadas
y cuántas medias tostadas
en dos años me tragué!
Te pusiste flaca, enteca;
yo el estómago perdía,
¡cómo no! ¡si lo tenía
barnizado de manteca!
Y cansado y aburrido
vine contigo á Jerez,
seguro de que esta vez
he de hallarte un buen marido.
ANA ¿Y cuándo?
BLAS Ponte en razón.
ANA Siempre me dices «mañana.»
BLAS Y espero...
ANA ¿Qué esperas?
BLAS Ana,

uno que esté ya en sazón.

ANA ¿Te estás burlando de mí?

BLAS El cielo me dé paciencia.
Las doce. (Mira el reloj y toca un timbre.)
La diligencia
habrá llegado, y yo aquí.

ROM. ¿Qué manda usté?

BLAS Al parador
á buscar una maleta.
Contenta estará Enriqueta
si ha llegado ya.

ANA Mejor.

BLAS Eres, hermana, un castigo;
¡qué fiebre de matrimonio!
voy á buscar al demonio
á ver si carga contigo. (Mutis por el foro.)

ESCENA III

ANA sola, dirigiéndose á los espectadores. Esta escena es de efecto si la actriz la da entonación y relieve.

¡Pero, señor! ¿Soy tan fea,
tan ridículo es mi cuerpo
que no puede el capital
disimular sus defectos?
Luego dicen que es el hombre
el animal más perfecto
que existe sobre la tierra;
esto lo han escrito ellos:
¿dónde está la perfección
de estos seres tan perfectos?
Hay muchos que no se casan
y viven tan satisfechos,
diciendo de la familia
mil epigramas sangrientos,
y suelen los más vivir
encadenados á perros
que jamás sueltan la presa
sin llevarse hasta el pellejo.
¿Qué diré de los casados
que funcionan de solteros?
Este perfecto animal

sí que da lástima verlo:
calavera de la clase
de los primos, anda suelto,
creyéndose redentor
de mujercillas, que en eso
de fingirse Magdalenas
no necesitan maestro;
y el que en casa suele ser
económico en extremo,
gasta sus economías
en muebles y otros excesos
que van al fin á parar
á manos de los traperos:
unos buscan hermosura
y tienen en casa el cielo:
otros buscan amor puro
fuera del hogar, y necios
no reparan que el amor
hizo de su casa templo;
y todos buscan virtud
teniendo al lado el modeio,
y corren desatinados
y cuando ven ya son viejos.
¡Y que sabiendo que son
tan malvados y perversos,
se los quiera, y se los mime!
Pero, ¿qué hacemos con ellos?
¡Hacen tanta compañía,
sobre todo, en el invierno!

(Se entra en el pabellón de la derecha.)

ESCENA IV

ENRIQUETA y CORO GENERAL; al terminar el número de música, ANA

Música

CORO

Venid, compañeras,
dejad los quehaceres;
la hija del amo
ya llega, ya viene.

UNOS Mirad qué salada,
qué paso más breve.
OTROS ¡Jesús, qué bonita,
qué cuerpo que tiene!
TODOS Qué bien que la sienta
el traje monjil;
silencio, callarse,
porque ya está aquí.
ENR. ¡Hermanitos, Dios os guarde! (Saliendo.)
CORO También él os guarde á vos.
ENR. ¿Dan permiso?
CORO ¡Pobrecita!
pase, pase por favor.
Deje esa mantilla,
deje ese cabás
tome usted asiento
y descansará,
si algo se le ocurre
puede usted mandar.
ENR. Gracias, hermanitas,
por tanta bondad.
(Reparando en los hombres.)
¡Jesús mío, cuántos hombres!
¡Ay, qué escándalo, que horror!
CORO Estos son nuestros maridos.
ENR. ¿No hacen daño?
CORO Estos no.
ENR. ¿En tocarles no hay peligro?
CORO No, señora.
ENR. A ver, á ver. (Los toca.)
Es verdad. ¡No tienen cuernos!
CORO HS. ¡Un demonio, yo tendré!
CORO Vaya una inocencia,
lo que va á buscar,
¡cuernos á la vista
quién los va á aguantar!
ENR. Es el hombre, según dice
nuestra madre Sor Inés,
un ser que vive en el mundo
como vive el gallo inglés;
que picando aquí
que picando allá,
esclavas nos hacen
de su voluntad.

Y algunos picando
tal maña se dan,
que logran en casa
tener un corral.

ENR. } Es el hombre, según dice
CORO } nuestra madre Sor Inés,
etc., etc.,
pica, pica, aquí,
pica, pica, allá,
alguno en su casa
tendría un corral.

Hablado

(Se va el Coro, queda Enriqueta en el foro y sale Ana pensativa, y se sienta; después Enriqueta.)

ENR. Pobres gentes. Aquí sale mi querida tía.
¡Soltera á los treinta! Dios me libre de tan
grave enfermedad.
ENR. ¿Da permiso la señora?
ANA Enriqueta.
ENR. Amada tía. (Se abrazan.)
ANA ¡Jesús! Estás, hija mía,
cada vez más seductora.
¡En cambio, yo, hecha una vieja!
ENR. ¡Vieja tú con esa cara!
ANA Ando mal.
ENR. Siempre tan rara;
¿cuál es el mal que te aqueja?
ANA Padecimientos extraños,
para tí desconocidos.
Tengo ya treinta cumplidos.
ENR. ¡Vaya un puñado de años
cuando se cumplen tan bellos!...
ANA Aduladora.
ENR. Formal.
ANA Pues yo no encuentro un mortal
que quiera cargar con ellos.
ENR. No te habrás dejado ver.
ANA Al contrario.
ENR. ¿Te exhibiste,
no pecaste, te aburriste
y vejetas?

ANA ¿Qué he de hacer?
ENR. Luchar.
ANA ¡Sin armas!
ENR. Friolera;
¿y las miradas y guiños?
los hombres son unos niños;
si los engaña cualquiera.
ANA ¡Ay, Enriqueta! Bien pronto
reformarás ese juicio;
es un esclavo del vicio.
ENR. Pero en amor es un tonto.
ANA Acabarás por odiarlos
sin llegar á conocerlos.
ENR. No haré tal. Para vencerlos
hay que saber barajarlos;
se les finje un amor puro
hasta rendir su albedrío,
después se aplica el desvío
y el triunfo es siempre seguro.
ANA ¡Vaya una extraña teoría!
ENR. Que si la pones en práctica
con un poquito de táctica,
te lleva á la vicaría.
ANA Ven, diablillo encantador,
dame un beso.
ENR. ¿Te decides?
ANA ¿Sabes tú lo que me pides?
ENR. Coquetismo y tocador.
Conque, ¡á luchar!
ANA Más no arguyo.
ENR. A buscar marido vamos.
Si es verdad que á uno tocamos
vamos á buscar el tuyo.
ANA Pero, ¿con quién has venido?
ENR. Con la hermana Sacramento.
ANA ¿Dónde quedó?
ENR. ¡En el convento
de Jesús! (Entra don Blas limpiándose el sudor.)
¡Padre querido!

ESCENA V

DICHAS y DON BLAS; éste se sienta muy fatigado. Ana y Enriqueta se sientan á su lado

BLAS ¡Gracias á Dios que llegué;
traigo tronchadas las piernas!
ENR. Te hice correr, ¿no es verdad?
BLAS ¿Y á eso llamas tú carrera?
Pues si vengo reventado
sacando un palmo de lengua.
ENR. Pues no me culpes á mí,
culpa sí á la diligencia.
BLAS ¡Venga usté acá, parlanchina!
(Cogiéndola las manos.)
te preparo una sorpresa.
ENR. ¿Un trajecillo? ¡Me alegro!
BLAS No se trata ahora de telas.
(Con gravedad afectada.)
Se trata de un buen marido
que te administre tu hacienda.
ENR. ¿Nada más que para eso?
Yo sé bastante de cuentas.
Padre mío, el matrimonio
viene á ser cosa de pesca,
y el pez que se saca á pulso
mucho más se saborea.
BLAS Pero, mujer, si se trata
del hijo de tu tía Petra;
de tu primo.
ENR. Buen marido
preparas á tu Enriqueta;
un zote, que cuando niños
andábamos á la greña
por entrar en posesión
de un puñado de cerezas,
sin que se diese ni un caso
que se quedara con ellas;
era tonto, y lo será.
BLAS Pues te engañas, bachillera;
mira, mira lo que dice
el tonto de las cerezas. (Saca una carta y lee.)
«Mi estimadísimo tío:

Salgo de París el treinta;
pienso darle un fuerte abrazo
después de tan larga ausencia;
pero por Dios le suplico
que no persista en la idea
de aquel proyectado enlace
con la gentil Enriqueta,
porque habiéndola usted dado
una educación austera,
sus monjiles aficiones
estarían siempre en guerra
con las mías, adquiridas
entre estas lindas francesas.
Yo estimo mucho á mi prima,
sé que es honrada y casera,
pero mujer mogigata
sólo para el claustro es buena.
Mis recuerdos á Luisa,
á tía Ana, y á la bella
colegiala, y usted sabe
puede mandar sin reservas
á su humilde servidor
Ricardo Mas y Fonseca.»

ENR. ¿Con que mujer mogigata
sólo para el cláustro es buena?
¿Y quién le ha dicho á ese tonto
que yo mogigata sea?

BLAS ¿Te ha picado la cartita?

ENR. Necedad bien grande fuera
incomodarse por eso;
pero acaricio la idea
de burlarme á la española
de ese tonto á la francesa.

BLAS ¿Cómo, muchacha?

ENR. Veremos,
eso corre de mi cuenta.
Según se vé, Ricardito
ignora que has enviudado.

BLAS Sí.

ENR. Entonces... con tu permiso,
(Levantándose todos.)
Espéranos en la huerta.
Voy á mudarme de traje
que va á empezar la comedia.

BLAS Déjate de tonterías.
ENR. Es mi gusto.
BLAS Como quieras. (Mutis.)
ANA ¿Qué te propones?
ENR. ¡Luchar
y vencer á ese babieca!
¡A caza, querida tía,
se ha levantado la veda!
(Tomando un tono dramático. Mutis pabellón izquierda, ellas; el padre por la verja con dirección á la izquierda.)

ESCENA VI

RICARDO y AMBROSIO, luego ENRIQUETA y ANA. El tipo de Ambrosio ha de ser ridículo sin tocar en lo grotesco: obeso, comodón, distraído, tomando siempre, como vulgarmente se dice, el rábano por las hojas, su defecto es la glotonería, y todas las frases que oye las asimila á su bello ideal, que es la comida

RIC. Esta es la quinta.
AMB. ¡Hola! ¡Hola,
qué morada más soberbia!
¡Muy comodón es don Bbas!
RIC. Es rico.
AMB. ¡Tendrá una mesa!
RIC. Tal cual. Estoy reventado. (Se sienta.)
AMB. Yo tengo unas agujetas...
(Se sienta bastante separado de Ricardo.)
RIC. ¡Qué mujeres!
AMB. ¡Qué posadas!
RIC. ¡Qué desaliño! (Desde este momento Ambrosio cree que cuanto dice Ricardo se refiere á las posadas y no á las mujeres, que es el vicio dominante de Ricardo.)
AMB. ¡Y qué puercas!
RIC. Ni una he visto regular.
AMB. Hombre, sí; la de Manresa
era fresca, limpia, alegre.
RIC. Vamos, vamos, tú exageras;
nada más que mucha carne.
AMB. ¡Y unos rollos de manteca!
RIC. ¿Y después? Nada, una pava.
AMB. Es verdad, pero confiesa

que aquella pava es la honra
de las pavas de Manresa:
y estaba en huevos.

RIC. ¿Quién?

AMB. Ella.

RIC. ¿Quién es ella?

AMB. La pava.

RIC. ¿Qué pava?

AMB. La de Manresa.

RIC. Pero, Ambrosio, si yo hablo

(En este momento Enriqueta y Ana se asoman de modo que no sean vistas y escuchan.)

de Rita la mesonera.

AMB. Pues yo creía...

RIC. Glotón.

AMB. Siempre me sales con esas;
cada cual en este mundo
es glotón á su manera:
á mí me gusta comer,
á tí la mujer te ciega;
si morenas, te embriagan;
si rubias, te desconciertan,
y te gustan todas, todas,
y en especial las ajenas.
Si esto no es glotonería,
que venga Dios y lo veo.

RIC. Pero tú reventarás.

AMB. Y tú quedarás por puertas.

RIC. Pero gozo.

AMB. Y yo también.

RIC. Anda al diablo.

AMB. Como quieras.

(Callan como enojados)

ENR. ¿Oiste al primito? (Dentro.)

ANA Le oí.
¿Quién será el otro, Enriqueta?

ENR. Uno que si no es casado
es preciso que lo sea:
yo heriré su corazón.

ANA Yo su estómago.

ENR. A la huerta.

(Salen sigilosamente y se van por la verja por donde el padre. Ricardo á poco se levanta despacio, se va hacia la verja y mira á la izquierda.)

RIC. Pero, señor, ¿y la gente?
AMB. Estará de sobremesa.
Esta es la hora, en España,
que todo el que tiene almuerza,
y estamos perdiendo un tiempo...
RIC. ¡Válgame Dios, qué pareja!
AMB. ¿Cuál?
RIC. ¿No la ves? La que cruza
ahora mismo la alameda.
AMB. Sí, Ricardo; ahora la veo.
¡Magnífica! ¡Quién pudiera,
haciendo gracia del macho,
meterle mano á la hembra!
RIC. ¡Pero, Ambrosio, si es don Blas!
AMB. ¿Aquel ganso? La chaveta
has perdido.
RIC. Con tus cosas
has de hacer que yo la pierda.
Confundir á mi buen tío
y á su linda compañera
con la pareja de gansos
que están más á la derecha,
¿á quién se le ocurre?
AMB. A mí.
RIC. Es enojosa tarea
hablar en serio contigo.
Parece que aquí se acercan.
¡No me canso de mirarla! (Con mimo.)
AMB. ¡Malo, malo! La jaqueca.
No te olvides que es tu tía.
RIC. Calla, Ambrosio, que ya llegan.
AMB. Lo celebro; cuatro abrazos,
y manda poner la mesa.

ESCENA VII

DICHOS, ENRIQUETA, ANA y DON BLAS

BLAS ¡Ricardo!
RIC. ¡Vengan los brazos!
BLAS ¡Anda, tuno; aprieta, aprieta!
RIC. Usted tía, tan hermosa. (A Ana.)

ANA Gracias, Ricardo.
BLAS ¿En qué piensas?
Y á tu tía, ¿no la abrazas?
RIC. Ya ve usted, don Blas se empeña.
(Disculpando el gran placer que sentirá al abrazarla.)
ANA ¡Tunante! ¡Ni un mal recuerdo
guarda usted para Enriqueta!
RIC. ¡Válgame Dios, qué memoria!
Supongo que estará buena.
ANA Y más hermosa que un sol.
RIC. Deberá ser una perla.
BLAS (Ya se ha tragado el anzuelo.)
¿Qué hace tu amigo á la puerta?
RIC. ¡Qué distracción! Ven, Ambrosio.
Ya me conoces; dispensa.
El mejor de mis amigos.
ANA Ya lo es nuestro.
BLAS Con franqueza,
disponga de esta su casa.
AMB. Yo daré poca molestia;
soy en extremo metódico.
Pudiendo comer con regla...
ANA ¿Padece usted del estómago?
AMB. Cá, no, señora; es de piedra;
pero en pasando la hora...
RIC. (Cuantas contiene la esfera.)
AMB. Hombre al agua. (Estoy seguro
que mandan poner la mesa.)
BLAS Ana cuidará de usted,
que es aquí la despensera.
Puesto que están en su casa,
haya libertad completa.
Si es que quieren descansar,
su habitación es aquella;
(Segunda puerta izquierda.)
pero si no, recomiendo
una visita á mi huerta.
RIC. (Vete, Ambrosio.)
ENR. Estoy rendida. (Se sienta.)
RIC. Yo tengo unas agujetas... (Idem.)
ANA Pues, entonces, caballero, (A Ambrosio.)
yo seré su compañera.
Venid y veréis qué alfombra
de esmeraldas y de perlas

en canastillo de flores
tenemos allá en la huerta.

AMB. Cuando gustéis. (Ofreciéndola el brazo.)

ANA Muchas gracias.
(Cogiéndose á él.)

BLAS (Da comienzo la comedia.)
Que le trates bien. (A Ana.)

ANA (Muy marcado) Descuida.

BLAS ¡Virgen santa! ¡Cuatro velas
te ofrezco si me las casas!

ENR. ¡Adiós, Blas!

BLAS Hasta la vuelta.

AMB. (Pues, señor, en esta casa
ni se come ni se almuerza.)

ESCENA VIII

ENRIQUETA y RICARDO

Música

RIC. ¡Qué bonita!

ENR. ¡Qué buen mozo!

RIC. De abordarla es la ocasión.

ENR. Me parece que el de Francia
va á llevar un revolcón.

RIC. Es usted muy hermosa.

ENR. No admito el favor.

RIC. Voy á hacer su retrato,
que al fin soy pintor.
Ni la nieve de los Alpes
es más blanca que su tez,
ni el Vesubio da más fuego
que hay en los ojos de usted.
Su sonrisa, es la ronrisa
de un alegre amanecer,
y en sus labios se columpian
los suspiros del placer.
Su garganta está hecha á torno,
sus dos manos á cincel,
y su pie, por lo pequeño,
ni hace huella ni se ve.

ENR. Me parece que el primito
es un pésimo pintor;
ó el retrato está mal hecho,
ó el modelo no soy yo.

RIC. Otras gracias se adivinan
de esas gracias al través.

ENR. Pues, amigo, dé un brochazo
por si acaso se me ven.

RIC. Sois muy discreta.

ENR. Rara aprensión.
Escuchándole, pierdo
mi discreción.

RIC. Por vos perdi la calma;
sois de mi alma
dulce ilusión;
sois la mujer primera
que amar quisiera
mi corazón.

ENR. Hay que vivir sereno,
y poner freno
al corazón.
También yo amar quisiera,
¡ay! si pudiera
á mi pintor.

RIC. Por vos perdí la calma, etc.

ENR. Hay que vivir sereno, etc.

RICARDO

¿Qué es lo que siento
que ya la amo,
que ya la adoro
con frenesí?
Si logro verme
siempre á su lado,
seré dichoso,
seré feliz.

ENRIQUETA

Este es un loco
que me conviene,
y á quien adoro
con frenesí.
Si logro verme
siempre á su lado,
seré dichosa,
seré feliz.

Hablado

ENR. Siéntate. (Ricardo se sienta separado de ella.)
No; junto á mí.
¿Qué te parezco, sobrino?

(En esta escena ha de ser Enriqueta cariñosa, zalamera hasta la provocación.)

RIC. En usted todo es divino.
ENR. ¿Te estás burlando de mí?
RIC. Soy pintor, y la aseguro
que es muy difícil hallar
colores para pintar
ese semblante tan puro.
y fuera una audacia loca
en cualquier pintor, Luisa,
querer copiar la sonrisa
que se dibuja en su boca.
ENR. Los tratas, según recelo,
con muy poca caridad.
RIC. ¿Pues dijo alguno verdad
al querer copiar el cielo?
ENR. Pintor de tal galanura
no te creí.
RIC. ¡Mi pincel
no hizo más que pintar fiel
tan hermosa criatura.
ENR. En Francia, según oí,
las mujeres son hermosas.
RIC. Sí, tal vez, pero muy sosas,
como usted nada hay allí.
Ni en toda Francia se vé
una cara tan bonita,
ni una mano tan chiquita
ni un pié así, como ese pié.
ENR. Repasa bien la memoria.
RIC. ¡Oh! lo recuerdo muy bien;
son la base de un edén
donde se oculta...
ENR. La gloria,
acaba ya; es un cumplido
como no escuché jamás;
de seguro que á mi Blas
no se le hubiera ocurrido.
¡Mil gracias!
RIC. Extraño fuera
no darla quien la atesora.
ENR. ¿A qué salimos ahora
que es usted un calavera?
RIC. No se enfade ni me riña,

pero á creer no me allano
que haya dado usted su mano
á don Blas, siendo tan niña.

ENR. Nadie torció mi albedrío;
fué mi gusto, y me sorprende
ver que sus canas ofende
sin reparar que es su tío.
Si otra vez vuelve á pecar
no espere mi absolución.

RIC. ¿Quiere más condenación
que saber no me ha de amar?

ENR. Pero, ¡Jesús, qué porfía!
si te quiero.

RIC. No es bastante.
Yo quiero su amor.

ENR. (¡Tunante,
y eso que me crec su tía!)
Vamos, loco, vuelve en tí.

RIC. Es que su desdén me mata.

ENR. (Ya verás la mogigata.)
¿Pero qué exiges de mí?

RIC. Exigir fuera importuno,
pido...

ENR. Si eso es con exceso.

RIC. Pues darle en la mano un beso.

ENR. ¡Vaya una cosa! por uno...
(Le abandona la mano.)

RIC. Uno, y mil. (La coge y besa.)

ENR. ¡Suelta, sobrino,
que soy de tu tío esposa!

RIC. Es que en mi alma rebosa
del amor fuego divino.

ENR. No quiero arder en su llama,

RIC. Duélase de mi quebranto.

ENR. Levanta.

RIC. No me levanto
sin saber que usted me ama.

ENR. (Con tono digno.)
Basta. Una frase discreta,
la mujer por cortesía
lo admite; la grosería,
ninguna que se respeta.
(Burlándose de un modo provocador.)
Está usted en la infancia

del género seductor;
cuando llegue usté á doctor
me lo escribe desde Francia.
(Se va riendo y vuelve.)
¡Ah! me olvidé; á este jardín
suelo bajar con frecuencia,
le hago á usted esta advertencia
solamente con el fin,
de esquivar todo motivo
de que repita el ultraje.
Si me ve sola, no baje,
¿me entiende? Se lo prohibo.
(Se va mirando con altanería.)

RIC. (Pues señor, vaya una plancha;
fíese usté de aquel candor.)

ENR. (Al entrar en el pabellón.)
Si el pollo es buen jugador
volverá por la revancha.

ESCENA IX

RICARDO solo

¡Qué ingenio y qué donosura!
¡Pero casada! ¿Y con quién?
Pues señor, yo no estoy bien,
debo tener calentura.
¡Su mujer! Cuesta trabajo
creerlo; si es una niña;
nada, nada aunque me riña
como baje al jardín, bajo.
Si con rigores y enojos
me vence, tenga por cierto
que no su rigor me ha muerto,
si no el fuego de sus ojos.

ESCENA X

ANA, AMBROSIO, luego ROMÁN (1)

AMB. ¡Qué delicioso jardín!
ANA Nada le falta al deseo.
AMB. ¡Ay, Anita!
ANA ¿Está usted malo?
AMB. ¡Siento un desfallecimiento!
ANA ¿Porqué no la ha dicho usted?
AMB. Pero, señora, si creo
que no le hablé de otra cosa
durante nuestro paseo.
ANA Y del amor, picarillo.
AMB. Pues mire usted, no recuerdo.
ANA ¿Se hace usted el distraído?
AMB. Tal vez recuerde comiendo.
ANA Pues va usté á comer. ¡Román!
AMB. Pero, señora...
ANA Al momento
van á servirle. ¡Román!
ROM. ¿Qué manda? (Saliendo.)
ANA (A Román.) Saca un polluelo
asado. (A Ambrosio.) ¿Quiere unas truchas?
AMB. No vendrán mal.
ANA (A Román.) Vino y queso.
AMB. Es usted para mí un ángel...
ANA ¡Ambrosio!
AMB. Caído del cielo.
ROM. (Sale y pone el servicio en el velador.)
ANA (¡Cállese usted, que Román
cuanto me dice está oyendo!)
ROM. Aquí está el pollo. (Se va.)
ANA (Indicando una silla.) ¡A la mesa!
¡Don Ambrosio!...
AMB. (Muy galante.) Usted primero.
ANA Yo no he de probar bocado.
AMB. (Para mí todo el polluelo.)
ANA ¿Se encuentra á mi lado bien?

---

(1) A la discreción de los artistas que desempeñen esta escena, dejo el hacer resaltar lo cómico de ella.

AMB. Yo, doña Anita, comiendo
me encuentro bien con cualquiera.
ANA Voy á pedirle...
AMB. (Come con ansia.) (Reniego.
¿Será un muslo? ¡Claro está!)
ANA Voy á pedirle... un consejo.
AMB. (Respiro.)
ANA ¿Qué tal me encuentra?
AMB. Como la pinta el deseo.
No la faltan atractivos. (Partiendo el pollo.)
¡Gran pechuga!
ANA ¡Caballero!
AMB. Le estoy hablando del pollo.
ROM. ¡Las truchas! (Saliendo.)
AMB. (Se pone á trincharlas.)
Ibais diciendo...
ANA He pasado de los treinta,
y aunque aún no causo miedo...
las mujeres de esa edad...
AMB. (Refiriéndose á las truchas.)
Están pasadas.
ANA. Convengo
en que alguna; pero todas...
AMB. Pues á fe de caballero,
que llevo probadas dos
que no las pasan los perros.
ANA ¡Caballero!
AMB. No haga caso;
yo tengo buen tragadero.
Ahora voy con la tercera,
que estará lo mismo.
ANA Pero...
teniendo yo un capital,
cuya renta...
ROM. (Saliendo.) Aquí está el queso
y la empanada.
AMB. (Refiriéndose á la empanada.)
¿Es muy grande?
ANA. (Refiriéndose á la renta.)
Lo bastante, según creo,
para partirla entre dos.
AMB. ¡Dice bien, la partiremos!
(Tratando de partir la empanada.)
ANA ¿Cómo, Ambrosio, usted me ama?

AMB. ¿Pero qué está usted diciendo?
(Todo esto muy romántico.)
ANA ¡Ah, qué feliz voy á ser!
Tengo para tí dispuesto,
amor mío, un palomar,
gansos cebados un ciento,
un criadero de ostras
y de tencas un vivero.
AMB. ¡Doña Anita, calle usted!
El corazón me da vuelcos,
y esas palabras de amor
me trastornan el cerebro.
(Buscando entre el pollo.)
Como encuentre el corazón...
ANA ¡El corazón, Dios eterno!
¿Que es lo que pasa por mí?
No puedo más; yo me muero.
(Finge desmayarse.)
AMB. (Se levanta asustado.)
¡Señora! ¡Se ha desmayado!
¿Será de hambre? Estoy fresco.
¡Es claro, si no ha comido!
(Dándole un pedazo de salchichón en vez de agua ó vino.)
¡Tome usted, tome usted esto!
ANA ¿Dónde estoy? (Volviendo en sí.)
AMB. (¡Ya vuelve en sí;
claro, con este refuerzo!)
ANA Ambrosio, ¿conque me amas?
AMB. Sí, sí; ya hablaremos de eso.
ANA Pues róbame. Está en tu mano
el labrar nuestra ventura...
AMB. ¡Cometiendo una locura!
ANA Pues de otro modo mi hermano
no ha de casarme, está loco,
y entonces ¡adiós dinero,
palomar, ostras, vivero!
AMB. ¿Conque las ostras tampoco,
siendo una cosa tan buena
y que tan caras están,
que las más baratas van
á peseta la docena?
Huyamos, sí; ese maltrato
jamás lo consentiremos;

huyamos, ya encontraremos
un cura que sea barato.

ANA ¿Cómo pagar tu pasión?

AMB. Recompensa no te pido;
me basta con lo comido
y sóbrame decisión,
que á todo mi amor se atreve.

ANA (Se retira mirándole con un romanticismo exagerado.)
¡Ambrosio, mi dichas labras!

AMB. ¿Dónde vas?

ANA ¡Por el paraguas,
por si en la huida nos llueve!

ESCENA XI

ENRIQUETA y AMBROSIO; luego RICARDO

AMB. Ahora, ¡piés para qué os quiero!...
me voy con la despensera.
¿La otra? ¡Si huir pudiera!...
(Viendo á Enriqueta.)

ENR. ¡Escuche usted, caballero!

Música

¡Buenas tardes, caballero!

AMB. (¡Jesucristo! ¡Qué mujer!)
De seguro serán buenas
si se pasan con usted.

ENR. No me gustan los floreos.

AMB. ¿Qué es usté más que una flor
que me produce mareos?

ENR. ¡Qué sensible es el señor!

AMB. Dígame niña, ¿esa gracia
de dónde la toma usté?
Si le sobra y me la vende,
toda se la compraré.

ENR. Este garbo y esta gracia,
ni se compra ni se da,
que en mi tierra gracia y garbo
nacen con nosotras ya.

AMB. ¿Cuál es su tierra?
ENR. ¡Ay, qué gachó!
Un macizo de flores
que cuida Dios.

—

Entre naranjos
y limoneros,
álzase altiva
una ciudad,
mitad moruna,
mitad cristiana,
que entre rosales
cautiva está.
Dora sus muros
un sol ardiente,
el Betis baña
su lindo pie;
la cubre un cielo
siempre riente,
toldo gigante
de aquel edén;
nacen mujeres
en su recinto,
de una belleza
casi ideal;
sus labios rojos
derraman mieles,
pero si besan
suelen matar.
Las alegrías y los pesares
allí se dicen entre cantares;
de vez en cuando se suelen oir
reproches y quejas dichas así:

—

Yo no sé por qué me dices
que no te acuerdas de mí;
ayer me miré en tus ojos
y estaba dentro de tí.
Y ella, aunque el llanto
nuble sus ojos,
así da riendas
á sus enojos:

Si fuera verdad, ingrato,
que vives dentro de mí,
el corazón me arrancara
sólo por matarte á tí.

AMB. Vamos, niña, á esa tierra tan bella,
yo quiero ir allá.

ENR. Si le llevo y lo matan á besos,
¡Jesús, qué dirán!

AMB. Podrá el mundo decir lo quiera,
pero no impedir
que, apurando la miel de tus labios,
me deje morir.

ENR. ¡Ay, olé!
venga pronto á probar esa miel.

AMB. ¡Ay, olé!
esto, niña, es mejor que comer.

Hablado

ENR. ¿Y el pollo?

AMB. (Mirando los despojos del que se ha comido.)
Despedazado.

ENR. ¿Eso es verdad? ¡Pobrecito,
tan hermoso!

AMB. ¡Animalito!

ENR. ¿Qué dice usted?

AMB. Que ha pasado...

ENR. Yo su vida envenené.

AMB. ¿La del pollo?

ENR. Sí, señor.

AMB. ¡Envenenado! ¡Qué horror!
¿Y asi me lo dice usté?
Ya no hay remedio ¡Ay, de mí!
¡Qué venga un sepulturero!

ENR. ¿Qué le pasa?

AMB. El pollo entero
le tengo, señora, aquí.
(Señalando al estómago.)

ENR. ¿De veras? Pues vaya un gusto.
Ricardo pesa bastante.

AMB. Pero, ¿el pollo es él? ¡Tunante!
¡No me ha dado usted mal susto!

ENR. Don Ambrosio, yo le quiero.

AMB. Señora...
ENR. Duro es el paso;
pero ya dado...
AMB. (Creyendo que es á él.) Es el caso
que Anita llegó primero.
ENR. ¿Eso es verdad? ¡Imprudente!
¡Enamorar á su tía!
AMB. ¡Oiga usted!
ENR. ¡Quién lo diría!
AMB. ¡Pero, oiga usté!
ENR. ¡Arde mi frente!
¡Le amo, sí!
AMB. ¡Por Dios le pido!...
ENR. ¡Y me lo roba!
AMB. ¡Yo estallo!
¡Córcholis, otro desmayo!
¡Esta tampoco ha comido!
RIC. (Entrando.)
¡Ambrosio!
AMB. ¿Eres tú, Ricardo?
RIC. Sí, yo; pero, ¿qué te pasa?
AMB. Que aquí nadie come en casa,
y que te lego este fardo.

ESCENA XII

ENRIQUETA y RICARDO

ENR. (¡El otro! ¡Bomba final!)
RIC. (Cogiéndola las manos.)
¡Luisa, mi bien adorado!
ENR. ¿Eres tú?
(Fingiendo volver en sí. Toda esta escena cómicamente apasionada.)
RIC. Sí; ¿qué ha pasado?
¿Qué ocurre? ¿Te sientes mal?
ENR. Fué un desmayo delicioso.
¡Con cuántas dichas soñé!
RIC. Yo tu desmayo velé.
ENR. ¡Qué despertar más hermoso!
RIC. ¿No me guardas ya rencor?
ENR. Fueron fingidos enojos

Pero, ¿no viste en mis ojos
que me abrasaba de amor?
Huyamos pronto de aquí,
Ricardo, que tengo miedo.
¡Huyamos! Vivir no puedo
cerca de él; lejos de tí.
¿Dudas?

RIC. No; que mi pasión,
oyéndote, va en aumento.

ENR. ¿A qué esperas? ¡Qué tormento!
¿Te falta resolución?

RIC. Eso no; mano á la obra.
Volveré. (Se va hacia su cuarto.)

ENR. Sin alma espero.
(Transición.)
No te olvides del dinero,
que eso nunca está de sobra.

ESCENA XIII

ENRIQUETA, ANA y BLAS

ANA ¿Qué tal hice mi papel?

ENR. Tiita, admirablemente.
Ya ves, cuando se propone
una mujer, lo que puede.

BLAS Pero, ¿tú piensas triunfar?

ENR. Ricardo anduvo rebelde,
pero hice concesiones...

BLAS ¡Hija mía!

ENR. ¿Qué se pierde
si le reduzco á marido?
Conque sigan los papeles.
Voy á darle una lección
que el recuerdo le avergüence.
Tú á mi cuarto. (A Ana.) Al tuyo, yo;
y si, como espero, vienen
más locos que enamorados,
cuando menos se lo esperen
sales de improviso tú
del pabellón, nos sorprendes;
juras mucho y rabias más,
como marido que eres;

y cuando pidan perdón,
á don Ambrosio le ofreces
la mano de tía.

BLAS ¿Y Ricardo?

ENR. Ese acabará el sainete;
el perdón de nuestras faltas
quiero que lo pida, ¿entiendes?

ANA Alguien llega.

BLAS Al pabellón;
la obscuridad nos proteje.

ESCENA XIV

ENRIQUETA, ANA, RICARDO y AMBROSIO

AMB. Debe estar solo el jardín.
Es muy pronto; esperaré.

ENR. ¡Chist, chist, chist!

AMB. ¡Señora mía!

ENR. ¿Dónde estás mi amor, mi bien?

AMB. Pues aquí. ¡Jesús, qué mano!
(La coge la mano.)
Siento un dulce no sé qué.
¿Dónde tiene usted la otra?

ENR. Pero, tonto, ¿no la ves?

AMB. (La coge.)
(Y se viene de vacío.)

ENR. Huyamos.

AMB. No puede ser
si se viene usted sin lastre.

ENR. ¿Quién se acuerda de comer
cuando está repleta el alma?

AMB. ¿Repleta? Pero, ¿de qué?

ENR. De amor.

AMB. ¿De amor? ¡Desdichada!
¿piensa usté huir sin comer?
¡Y en la primera jornada
pedirá carne en *bisteff!*

ENR. ¡Moriré en tus brazos!

AMB. ¡No!

ENR. ¡No me amas!

AMB. Yo soy fiel,

pero amar sin nada aquí,
(Señalando el estómago.)
vamos, que no puede ser.

ENR. Tengo una idea.

AMB. ¿Nada más?

ENR. Escúchame.

AMB. Escucharé.

RIC. (En el pabellón de Ana.)
¡Señorita!

ANA Aquí me tienes.

RIC. ¡Mi dicha, mi amor, mi bien!
Creí morir en tu ausencia.

ANA Alienta; toma un pastel,
pastas, queso, salchichón.
(Deposita cuanto dice en manos de Ricardo.)

RIC. Señorita, ¿para qué?

ANA Para conservar tu estómago
en plácido ten con ten.

RIC. ¿Para qué quiero yo esto?

AMB. Anita, no puede ser.

ENR. ¡Mal caballero!

ANA ¡Bribón!

ENR. ¡Yo Anita!

ANA ¿Quién es usted?

AMB. Esa voz... ¡Mi despensera! (Se cambian.)

ENR. ¡Ricardo!

ANA ¡Ambrosio!

RIC. ¡Mi bien!

Música

AMB. Ven, encanto de mi vida,
ven y me dirás
las palomas que contiene
nuestro palomar.

ENR. ¿Quién se acuerda de esas cosas
cuando tiene amor;
qué manjar más exquisito
que quererte yo?

RIC. Ven, encanto de mi vida,
ven cerca de mí;
si me niegas tus caricias,
me voy á morir.

ANA — No te mueras, vida mía,
toma este pastel,
y no temas que se acabe,
que otro te daré.

AMB. — Bueno es amarse,
pero el jamón...

RIC. — Yo sólo quiero
tu amor, tu amor.

ANA — ¿Qué ruido es ese?

RIC. — ¿Quién es usted?

AMB. — ¡Mi despensera!
¿Y usted quién es? (A Enriqueta.)

ENR. — Una niña que su alma
en el jardín perdió;
la busca y no la encuentra;
alguno se la robó.

RIC. — ¡Oh, gloria de mi vida;
al fin te puedo hallar!

ENR. — Yo creo que en el Limbo
usted, Ricardo, está.

ANA — ¿En dónde estás, mi vida?
¿En dónde estás, mi amor?

AMB. — Aquí me tienes, Ana,
con un hambre feroz.

ANA — Ostras, queso y un pastel,
un polluelo y salchichón,
yo te traigo aquí, mi bien,
como prueba de mi amor.

AMB. — Dónde están dime por Dios,
y prometo de una vez
adorarte con pasión
y comerlos con placer.
Dónde están los comestibles
dime ya.

ANA — Si te aguardas un poquito,
los verás.

RIC. — Un abrazo yo deseo
nada más.

ENR. — Por tan poco no riñamos;
tome allá.

ENR. — Este pillo me parece (Los cuatro á un tiempo.)
que en el cebo ya picó;
si la caña no se rompe,
el anzuelo ya tragó.

ANA Por el flaco de este hombre,
¡quién había de pensar
que un marido de mi gusto
yo pudiera al fin lograr!

AMB. Las palomas, las gallinas,
cuanto existe en el corral,
me los trago de esta hecha;
pues lo quiere, bueno va.

RIC. Yo lo siento por su esposo,
mas no puedo remediar
que él sea viejo y ella niña
y se deje requebrar.

ESCENA XV

DICHOS y BLAS, que los encuentra arrodillados

Hablado

BLAS ¡Luisa! ¡Luisa!

ENR. ¡Mi marido!

BLAS ¿Qué haces aquí, vive el cielo?

ENR. Le escuchaba.

BLAS ¿Qué decía?

ENR. Me decía que eres viejo,
que estás falto de calor,
que él lleva en el alma fuego;
¡y eso me gustaba tanto!

BLAS ¡Te gustaba! Vete dentro.

ENR. ¡Pero Blas!

BLAS Vete te digo.
(Mutis Enriqueta. Aparte á Ricardo.)
Ricardito, ahora hablaremos.
(A don Ambrosio.)
Dígame usté, don Ambrosio,
¿entra en el método esto?

ANA Blas, por favor no le riñas
que aun no ha cenado.

AMB. Es muy cierto,
tratábamos del *menú*.

BLAS ¡Vaya usted á los infiernos!
¿La toma usted por esposa?

ANA Palomas, gansos. (Al oido de Ambrosio.)
AMB. La acepto.
BLAS Ahora usted, señor sobrino,
que lleva en el alma fuego
para seducir casadas.
RIC. ¡Yo, tío!...
BLAS Sólo hay un medio
que puede allanarlo todo.
RIC. Aceptado desde luego.
BLAS Te casarás con tu prima.
RIC. ¡Eso nunca!
BLAS ¡Majadero!
En vez de darte su mano
merecías su desprecio;
sal Enriqueta, hija mía.
ENR. ¡Papaito! (En traje de colegiala.)
RIC. ¿Qué estoy viendo?
¿Ella? ¡Enriqueta!
ENR. Alto ahí
que me dan los locos miedo.
Las mujeres mogigatas
sólo buscan hombres cuerdos.
Vaya usté á buscar francesas.
RIC. ¡Qué lección! He sido un necio.
Huyo de aquí.
ENR. (A su padre.) ¡Pobrecillo!
¿Le perdono?
BLAS Otra te pego,
pues siendo tú juez y parte...
ENR. Ricardo, ¿será usted bueno?
RIC. Con mujeres como tú
son los maridos modelos.
ENR. Ya se cumplió nuestro anhelo
ANA Ambrosio mi pecho inflama.
ENR. Hijitas, esto se llama
pescar maridos al vuelo.

TELÓN

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranza, sin cuyo requisito no serán servidos.